

Racionalismo arquitectónico y diversidad moderna en el Madrid de 1925 a 1936

Antón Capitel

Las calles de Madrid vieron nacer durante los años que preceden al estallido de la Guerra Civil, arquitecturas del movimiento moderno caracterizadas por una interesante mezcla de estilos: los más importantes arquitectos eligieron el racionalismo, el expresionismo o el art-decó para expresar su modernidad en la capital.

El prestigio del racionalismo español—de la arquitectura moderna de anteguerra—procede de dos mitos entrecruzados. Uno fue causado por el endémico retraso de la cultura artística española que, en arquitectura, hizo que se celebrara alborozadamente lo que parecía el fin del academicismo y del historicismo—hecho que vino a empezar hacia 1925—y que se mitificara todo lo que fuera *moderno*. El otro es el de la Segunda República, pues, más o menos, el esplendor de la arquitectura española renovada coincidió en buena medida con aquel tiempo tan corto pero tan intenso que transcurrió desde el 14 de abril de 1931 al 18 de julio de 1936. El mito de la *Arquitectura española de la Segunda República*¹ fue transmitido por Oriol Bohigas con su libro y el del racionalismo español por muchos otros, entre los que ha de figurar en primer lugar Carlos Flores.²

Así, pues, modernidad y progresismo político fueron unidos indisolublemente en las mentes de una gran mayoría, tanto como se necesitaba, moralmente al menos, en tiempos del franquismo. Y modernidad y calidad constituyó también otra pareja de conceptos que se asoció con más candor y buena voluntad que verdadero sentido crítico. A estas observaciones habría que añadir el hecho de que hemos venido llamando *racionalismo* a toda la arquitectura moderna de aquella época y que hay bastantes de ellas que no se definen demasiado bien bajo este generoso nombre, cobijador de muchas tendencias y de muchas mezclas de cosas de distinta procedencia o acento figurativo.

Dichas estas primeras cuestiones, las notas que siguen van a tratar, de un lado, de deshacer en lo posible algo de estos equívocos. Y, de otro, de comentar algunas de aquellas obras que tuvieron verdadera calidad en lo que se convino en llamar *racionalismo madrileño* desde el año 1925 al inicio de la Guerra Civil.

En cuanto a la identidad entre modernidad y progresismo político, la cuestión no puede ser menos clara. Podemos poner algunos ejemplos, como los de Manuel Sánchez Arcas y Luis Lacasa, republicanos que acabaron siendo comunistas y que, perteneciendo a lo que Flores llamó la generación de 1925, trabajaron ambos en la Ciudad Universitaria, uno de los conjuntos más significativos de la época. Ninguno de los dos fue muy avanzado como arquitecto, sobre todo Lacasa, hombre culto y promotor de algunas conferencias muy notables en la Residencia de Estudiantes de la calle del Pinar (Le Corbusier, Van Doesburg,...), pero que, como proyectista fue bastante conservador, como prueba la Fundación Rockefeller (con Sánchez Arcas, 1927), edificio realizado todavía con columnas clásicas y de planta simétrica. Llamó a Le Corbusier “periodista y charlatán”, pues consideraba su avanzada modernidad muy formalista, posición que puede considerarse bastante representativa de la opinión de los arquitectos españoles. Sánchez Arcas fue bastante más radical en algunas de las ocasiones en que trabajó solo, como prueban el Hospital Clínico (1928-36) o la Central de Calefacción (1932-35), ambos de la Ciudad Universitaria. Con algunas licencias podría señalarse a Sánchez Arcas como relativamente cerca de la nueva objetividad alemana, lo que significa una buena dosis de puritanismo y de preocupación funcionalista, pero nada muy intenso en cuanto al avance formal y figurativo.

La cara opuesta de esta moneda fue el caso de Luis Gutiérrez Soto, hombre de pensamiento social y político muy conservador, pero capaz de recoger la arquitectura moderna con los acentos formales más renovados. Bastantes de sus obras y proyectos fueron publicados por la revista del GATEPAC, *AC*, pues tuvo una actividad racionalista muy dilatada, cualificada y, sobre todo, bastante atrevida. Baste hablar de la piscina La Isla, en medio del



Manzanares (desaparecida), o del Cine Barceló. Gutiérrez Soto fue uno de los arquitectos más hábiles de la ciudad durante toda su vida profesional, pero tuvo una carrera muy variable, muchas veces poco profunda, y en algunas ocasiones extremó su cinismo, como cuando después de haber sido el campeón de la modernidad madrileña de anteguerra fue capaz de proponer el modelo de la arquitectura franquista con la imitación *austriaca* del Ministerio del Aire (1940-51).

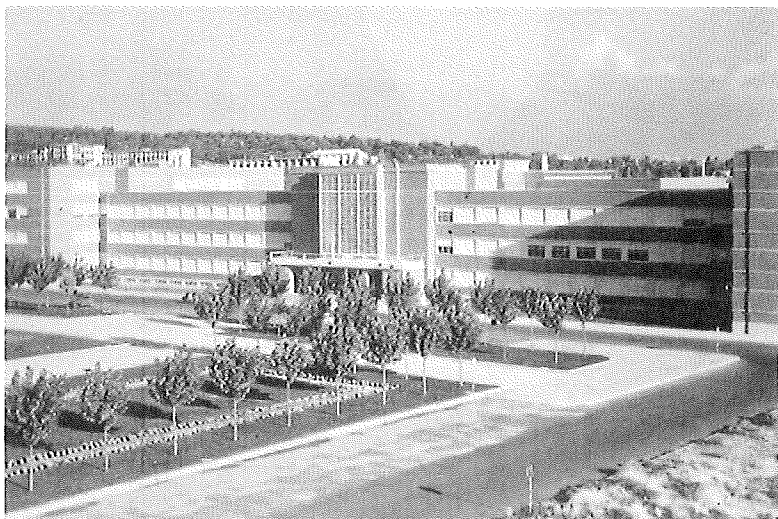
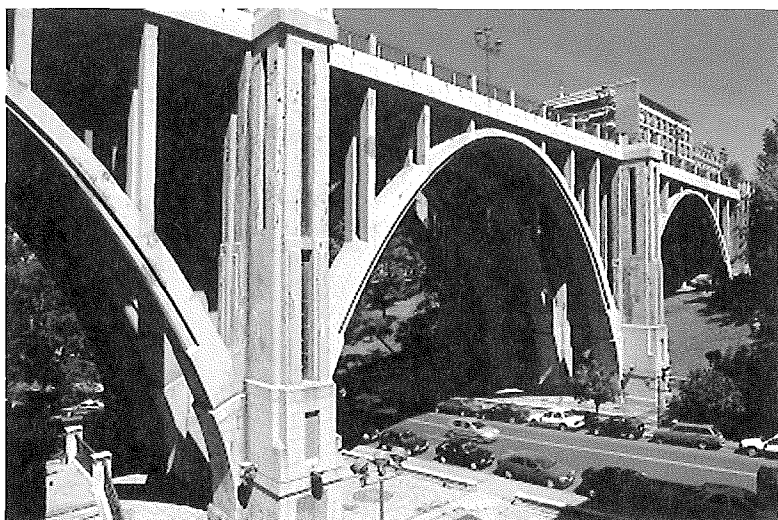
¿Arquitectura moderna o racionalismo? En Madrid –en España– la arquitectura moderna no tuvo una línea muy precisa y prácticamente todas las tendencias estuvieron mezcladas. Citemos las líneas que entonces convivían: academicismo y clasicismo simplificados, racionalismo, expresionismo, Art-Déco, tradicionalismo modernizado... La Ciudad Universitaria pertenece, en general a la primera, mezclada con la segunda. Fue muy común la combinación entre racionalismo y expresionismo, hasta tal punto que puede decirse que constituyó la opción practicada por la mayoría (Cine Barceló, Edificio Capitol de Feduchi y Eced, Gasolinera de Petróleos Porto-Pí de Casto Fernández-Shaw, etc., etc.). El expresionismo fue más importante en lo que hace al seguimiento de la figura de Erich Mendelsohn, como son los ejemplos anteriores, pero también es preciso considerar la influencia de la Escuela de Ámsterdam, como en el edificio de viviendas y oficinas en la calle de Cedaceros (1926-28), de Luis y Javier Ferrero; y que podemos ver combinada con una suerte de tradicionalismo, como en la importantísima Casa de las Flores, de Secundino Zuazo. Pero expresionismo y racionalismo recibieron también la contaminación figurativa del Art-Déco, como pasó al menos el Capitol, y en una manera que diríamos norteamericana. Y también el estilo de la exposición de las Artes Decorativas de París

de 1925, aunque parezca una manera sólo superficial, tuvo algunos casos que trascienden esa consideración, como ocurrió con algunas otras obras de Javier Ferrero, tales como el Viaducto de la calle de Bailén sobre la de Segovia (con Aracil, Aldaz y Muguiro, 1932-36), o el mercado municipal de la plaza de Olavide (desaparecido).

Faltarían todavía obras difíciles de clasificar con los motes hasta ahora empleados, pero que son sin duda de gran importancia, como es el caso de algunas de las producciones caracterizadas por la importancia de lo estructural, fruto de la colaboración de grandes arquitectos con el ingeniero Eduardo Torroja, como fueron el Frontón Recoletos, de Secundino Zuazo (desaparecido) y el Hipódromo de la Zarzuela, de Carlos Arniches y Martín Domínguez, dos de las obras maestras de la época.

Como es lógico, la calidad no puede medirse por la pertenencia a una tendencia más avanzada, si es que supiéramos decir cuáles fueron exactamente éstas. Las obras maestras del Madrid moderno de la época están en todas las posiciones y ya se han ido indicando algunas. Si quisiéramos hacer un elenco de su diversidad podríamos empezar por la Ciudad Universitaria, de cuyo conjunto quien esto escribe seleccionaría la Facultad de Filosofía y Letras, de Agustín Aguirre (1931-33). Es éste un edificio de planta académica, completamente simétrica, pero modernizado de forma completa en su refinado lenguaje, extremadamente cuidado y en el que destaca el espléndido Salón de Actos y su magnífico mobiliario, como fue común en todos los edificios de esta importante operación. Si queremos ser justos tendríamos que hacer notar que Aguirre se inspiró –en cuanto al exterior y en alguna medida– en el Instituto de Botánica de la Ciudad Universitaria de Roma, de Capponi, lo que no quita mérito a esta excelente obra³

**La arquitectura moderna
no tuvo una línea muy
precisa y prácticamente
todas las tendencias
estuvieron mezcladas**



Otra obra maestra, ya indicada, es la Casa de las Flores, de Zuazo (1930-32). Se trata de una manzana completa del ensanche, caracterizada por proponer una modernización total de la actuación en éste, pero sin romper con algunos de los valores tradicionales. Así, se respetó la unidad y el sentido figurativo y urbano de las manzanas decimonónicas, con sus muros continuos, perforados por huecos verticales, pero proponiendo igualmente una nueva y hábil ordenación que la mejora y transforma en edificación abierta: dos grandes bloques dobles y paralelos dejan entre ellos un amplio jardín, abierto a dos de las calles opuestas, sin que dicha apertura rompa la continuidad espacial de dichas calles. La lucidez del esquema urbano se convirtió en un modelo de amplia admiración, seguimiento y vigencia, que llegó al menos hasta el último tercio del siglo XX, y se completó con un afortunado y moderado aspecto en fábrica de ladrillo de muros estructurales, con sutil y atractiva decoración.⁴

El Hipódromo de la Zarzuela (de Arniches, Domínguez y Torroja, 1935-36) fue producto de un concurso destinado a eliminar el antiguo, situado en el paseo de la Castellana y que impedía la prolongación que llevaría a cabo Secundino Zuazo después del concurso para el ensanche y reforma de la ciudad de 1929. La gran calidad de las nuevas instalaciones surgió de una fértil colaboración entre dos grandes arquitectos y un prestigioso ingeniero, pues podría decirse que las cualidades y maneras de todos ellos se fundieron en el edificio de un modo indistinguible dando lugar a otra de las obras maestras de aquellos años. Apareció como un verdadero emblema de la modernidad por la atrevida ingeniería de sus repetidas, blancas y airosas marquesinas voladas, de bóvedas laminares de hormigón armado y que cubren las tribunas. Sirvieron de contrapunto a esta imagen las arquerías basamentales y otros pabellones de arquitectura

moderadamente tradicional, testimoniando así tanto el eclecticismo madrileño de aquel momento como, probablemente, la mayor calidad obtenida precisamente por ello.

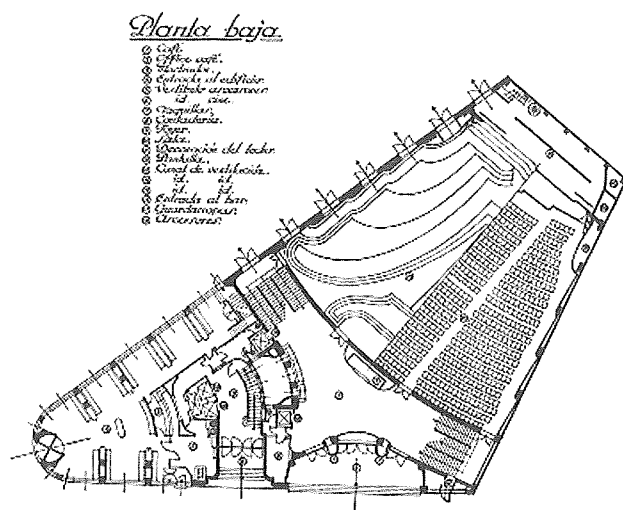
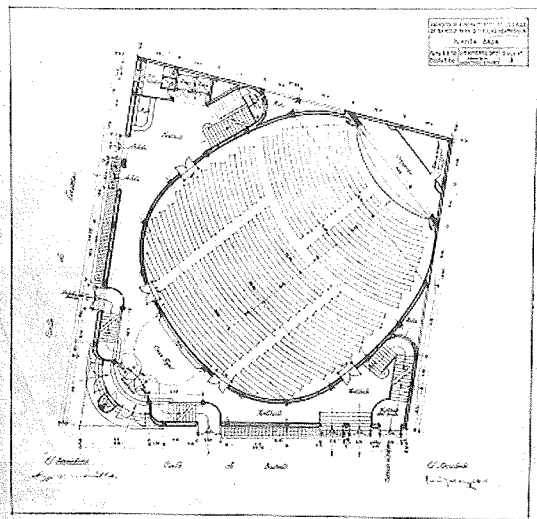
Sería preciso rendir aquí un cierto homenaje a uno de los conjuntos más famosos de la época, la Colonia *El Viso*, de Rafael Bergamín (1933-36). Este barrio de viviendas en hilera superaba las antiguas *colonias*, concebidas mediante la simple yuxtaposición de pequeñas fincas con casas exentas en su centro y espacio libre alrededor, para proponer hileras de pequeño patio delantero y jardín trasero, así como calles peatonales para acceso a estos últimos. La arquitectura era propiamente racionalista, no muy avanzada figurativamente, sino a la manera de Loos, podríamos decir, aunque del todo exenta de la riqueza espacial interior que caracterizó las casas unifamiliares del maestro vienés. Sus imágenes son puras a la vez que relativamente pintorescas y los remates de las hileras se caracterizaron con rotondas. No es un barrio de una calidad extraordinaria ni de una arquitectura tan avanzada como podría haberlo sido, pero sí es muy significativo de la época,

como ha sido ya muy divulgado, y puede decirse que en este caso sí que se cumplió una notable coherencia entre sociedad e ideología y arquitectura: allí fueron a vivir gentes de una clase media culta, liberal y progresista, que tuvieron una considerable emergencia con la II República y que podían reconocerse en esta arquitectura moderadamente moderna.

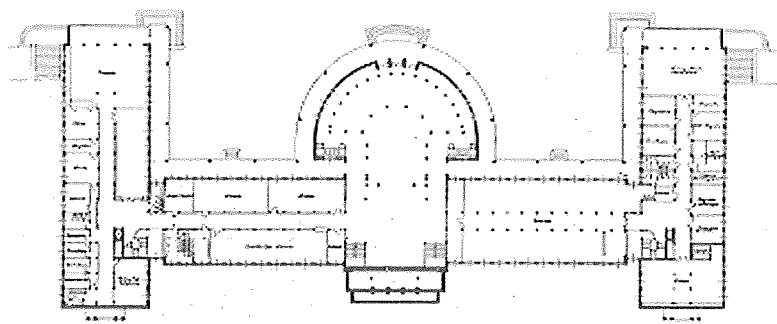
Sirva también esta referencia para citar una obra singular, igualmente de Rafael Bergamín, la llamada *Casa del Barco* (1933-34), vivienda de lujo de notable calidad y de características figurativas y espaciales muy semejantes a las de la Colonia. Su representación del racionalismo le valió el mote que hoy conserva.

**La influencia de Mendelsohn
fue en Madrid muy importante,
lo que no es ninguna
singularidad, pues ocurrió en
muchas ciudades de Europa**

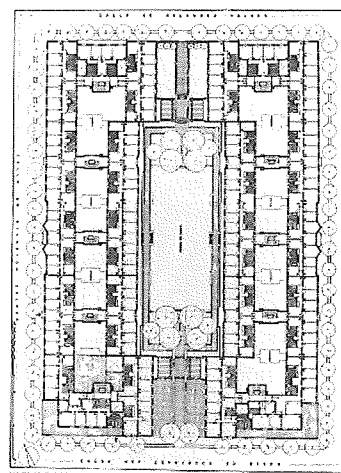
Racionalismo y diversidad moderna en Madrid



Planta baja
1900-1901



Residencia de Alfonso y Luisa





Ya habíamos dicho cómo la influencia de Mendelsohn fue en Madrid muy importante, lo que no es ninguna singularidad, pues ocurrió en muchas ciudades de Europa. El gran arquitecto expresionista alemán *dulcificó* la complejidad de su estilo por motivos prácticos, codificando un lenguaje urbano, intermedio entre el expresionismo y el racionalismo, que empleó repetidas veces para edificios de usos diversos y que tuvo un gran éxito entre los profesionales. El lenguaje adaptaba el edificio a las irregularidades urbanas y hasta puede decirse que sustituía a la arquitectura ecléctica inmediatamente anterior sin llegar a cambiar sus contenidos.

Dentro de la relativa abundancia de edificios mendelsohnianos de Madrid, todos ellos caracterizados por el uso de la esquina redonda, destaca el ya citado Cine Barceló (1930), de Luis Gutiérrez Soto, que probablemente fuera el edificio o local más logrado de los muchos de este uso que el arquitecto realizó en la ciudad capital y en muchas otras. En un solar en esquina, su oblonga planta se orientó tomando como eje la diagonal de ésta, habilidosa disposición que homenajeó Ernest Neufert al incluirla como ejemplo en su conocido libro de disposiciones funcionales. El brillante exterior sirve al espacio de la ciudad con su lenguaje nuevo tanto o más de lo que lo hacían las arquitecturas más antiguas.

Pero el más brillante edificio expresionista de Madrid es, sin duda, el Edificio Carrión (hoy conocido como Capitol, 1931-33), de Luis Martínez Feduchi y Vicente Eced. Fue producto de un importante concurso restringido y se planteó con un uso de carácter mixto y metropolitano. Esto es, un edificio que contenía de todo: gran sala de cinematógrafo, cafetería, hotel, apartamentos, ... La sala del cine es una de las más grandes y atractivas de la ciudad y uno de los mejores interiores en cuanto a la gran calidad de su diseño, lo que se completaba con la muy diversa y cualificada colección de mobiliario, diseñada

Situado en un importantísimo enclave, el inicio del tramo final de la Gran Vía donde ésta quiebra, los proyectistas supieron resolver el difícil solar atendiendo con los volúmenes y su imagen a las distintas escalas por la ciudad solicitadas. De un lado, la gran esquina redonda se ofrece como excelente fondo de perspectiva del tramo central de la calle, hito urbano que señala su giro; de otro, la fachada a la avenida se presenta como una composición normal que busca la continuidad del espacio urbano

entendido como un conjunto, siguiendo así las tradiciones de la ciudad con lenguajes nuevos.

Pero si el refinamiento de los interiores y de los muebles es muy alto, no lo es menos el de la forma externa y sus detalles. Un lenguaje mixto —racionalismo, expresionismo, Art-Déco, como ya se había indicado—, bastante complejo y magníficamente labrado en piedras diversas por canteros acostumbrados a la arquitectura ecléctica, produjo una forma urbana de acentos alemanes

y norteamericanos, pero que se convirtió con mucha rapidez en madrileña. Y en española, pues la brillantez del edificio hizo que fuera imitado en Madrid y en todo el país, y que su ejemplo continuara vigente después de la guerra.

No resulta ninguna novedad afirmar la condición patrimonial de toda esta arquitectura, como tampoco lo es el denunciar que se encuentre cada vez más deteriorada, sometida a reformas indignas y abandonada. Muchos de los edificios citados están protegidos, pero ello no parece evitar su degradación y su destrucción.⁵ Este escrito desearía ser una llamada más a favor del conocimiento y del aprecio de la arquitectura moderna, un patrimonio tan importante y tan abundante, o más, que el antiguo. ■

[Antón Capitel es arquitecto, catedrático de la Escuela de Arquitectura de la Universidad

La esquina redonda del Carrión se ofrece como excelente fondo de perspectiva del tramo central de la calle, hito urbano que señala su giro